

## Aflicción e ira por un joven delincuente

*Alejandro Ponce de Leon – Calero*

Si le preguntas al ‘hombre’ más joven de la comuna 13 de Medellín, ¿por qué hace tiros al aire en un velorio? su respuesta será breve y ningún antropólogo podría explicarla con tal prontitud: dice que la ira, nacida de la aflicción, lo impulsa a “echar” tiros. Afirma que necesita un lugar “a donde llevar su rabia”. El acto de disparar un tiro tras otro, escuchar rancheras y beber aguardiente, le permite ventilar y desechar la ira de su pena, explica.

Varios reconocerán el párrafo anterior como una ligera modificación de “Aflicción e ira de un cazador de cabezas”, un importante ensayo escrito por Ronato Rosaldo luego de la inesperada muerte de su esposa Shelly. En él, Rosaldo afirma que aquello que llamamos ‘sentido’ está compuesto de múltiples voces, múltiples sentidos y significados que nunca son ni serán estables. Algo muy parecido sentí tras el homicidio de Carlos. La verdad no lo conocí y es probable que nunca lo hubiese visto, pero su partida cambio mi forma darle sentido a la muerte. En esta corta intervención quisiera plantear una reflexión sobre la producción de sentidos en muerte a partir de dos narrativas que contextualizan los eventos ocurridos tras la muerte de un joven delincuente de un barrio popular de Medellín. La estructura del documento es fragmentada – limitada y angustiosa– además de no contar con conclusión o un cierre, pues es mi apuesta para comprender un homicidio. Quisiera aproximarme desde multiplicidad, y sugerir una comprensión de los ritos mortuorios

como escenarios políticos donde se construyen sentidos y representaciones del difunto. Ante la muerte solo queda el devenir, y en muchos casos, esto implica un eterno retorno.

### **Narrativa 1. La muerte se desea en singular.**

Un homicidio comienza cuando la víctima deja de respirar. De allí en adelante se inicia un proceso de registro, tratamiento y eliminación de los restos según los patrones previamente establecidos. Para quienes que habían construido una vida en conjunto a Carlos, el proceso significó un dolor profundo. Para la familia fue más que todo un gran disgusto. Por un lado, medicina legal retuvo el cadáver por más tiempo de lo esperado. Por el otro, los medios de comunicación hostigaron a Eduardo, el hermano menor de la familia, pidiéndole información relacionada con la muerte. Para el lunes, el periódico local había presentado a Carlos como un sanguinario guerrillero abatido, y ya el Martes la noticia fue olvidada. Solo el Miércoles de la siguiente semana, once días después del asesinato, se pudo llorar al difunto.

Desde la madrugada del domingo fueron informadas las autoridades, e inmediatamente el cuerpo fue reducido a un elemento en el accionar Estatal. Si la historiografía ha señalado que el poder del Estado se manifiesta sobre los cuerpos y las vidas de los sujetos, considero que las tecnologías post-mortem también son una forma de inscribir órganos y residuos corporales dentro de aparatos productores del orden económico de la mortandad: rebeldes, niños, soldados, víctimas, civiles inocentes, o

simplemente masacrados. La familia dice que los policías que vinieron a recoger el cadáver lo trataron con brusquedad, y que cuando la madre les pidió un poco más de delicadeza, contestaron que los muertos ya no podían sentir. Su morfología ya se había inscrito en el registro de generalidad indiferenciada: corporalidades vacías y sin identidad.

El paso a seguir fue la necropsia con el fin de establecer ciertos elementos que posibilitaran esclarecer las circunstancias del homicidio. Pero en tiempos violentos, las investigaciones se vuelven mecánicas y no se investiga más que algunos aspectos obvios. No habría otra forma de trabajar ya que es muy difícil realizar treinta o cuarenta necropsias por fin de semana en las 17 mesas disponibles en el Instituto de Medicina Legal. Jonathan, antiguo empleado del anfiteatro cuenta que “a pesar de que son muertos, uno los empieza a ver como trabajo, y aunque se esfuercen por investigar, saben que va a terminar archivado en alguna comisaria”. Para que alguien sea considerado ‘difunto’ luego de un homicidio, su muerte debe ser definida a partir de las narrativas de gobierno y ubicarse dentro de un conjunto de fronteras conceptuales a fin de producir una clara ‘defunción’. A veces eso implica quitarle cualquier tipo de sentido y rasgo, darle una identidad desde el olvido al sujeto. Para el Estado, Carlos pasó a ser para un archivo más, un pendiente clausurado.

## **Narrativa 2. El luto se conjuga en plural.**

El velorio es un evento doloroso del que pocas personas están a salvo. A medida que se anuncia, los familiares, amigos y vecinos se

empiezan a reunirse y a expresar su luto; lloran, gritan, cantan, se golpean el pecho, o simplemente hacen un cambio en su vestuario. Pero no es ‘otro’ evento cotidiano, es la manifestación de una serie infinita e ininteligible de conexiones entre los seres humanos –conjugados en pasado, presente y futuro–. Cuando el difunto ha sido preparado para su disposición final, se renuevan viejas relaciones. Usualmente ocurre una vigilia de dos días antes de la sepultura en la cual los dolientes hacen un esfuerzo para “re-humanizar” o “re-moralizar” individualmente a la persona en cuestión. En el velorio de Carlos era frecuente escuchar frases como “él ya no está en vida pero seguro nos está vigilando desde arriba” o “tal vez no fue lo que siempre quisimos, pero siempre estaba cuando lo necesitábamos”. Era un tiempo para la reminiscencia, para contar el pasado de lágrimas y de dolor. Horas más tardes, las cosas tomaron otro rumbo. ‘El Conejo’ me relata los eventos en que no pude estar presente:

Ya al final de la noche los parceros nos fuimos a farriar. Lo que al parcerero le hubiera gustado es que nos hubiéramos ‘rumbeado’, que nos hubiéramos ‘huelido’ en el parche. Donde él estuviera aquí y se hubiera muerto otro del parche, estaría ‘hueliendo’. Armamos una fiesta para que a ninguno se le olvidara la cara de Carlos. Es que era muy triste verlo ahí en ese cajón, entonces lo sacamos e hicimos una fiesta con el parcerero, inclusive alguien le hecho chorro, le pusieron el bareto en la boca. La mamá solo gritaba “no hagan eso”, pero no faltaba el que calmaba todo con tiros al aire. Fueron poquitos porque el armamento ya es muy caro, las balas están muy caras.